

## Presentarse en silencio - Enrique Tenenbaum

### 1) Desdoblamientos preliminares

En los tiempos que corren, y en nuestro medio, Buenos Aires 2004, no se nos acusará de osados si afirmamos que una gran mayoría de los practicantes de la palabra está advertida de que hay analistas. Aunque no se sepa bien qué cosa eso quiere decir: que haya analista, el estar advertido.

Porque si advertido se desliza a prevenido, bien puede que ese prevenido lo sea de la experiencia del análisis.

Pero seguramente no afirmaríamos con igual seguridad que la mayoría de aquellos esté advertida de la existencia de l'inconciente.

La práctica de las entrevistas preliminares se sitúa en esta lógica: que el consultante resulte advertido –por esa experiencia, la suya- de la existencia de l'inconciente [i]. Y que no lo presupongamos a nuestra vez. En efecto: la máxima freudiana de comenzar cada análisis como si nada supiéramos no tiene más objetivo que el sorprendernos una y otra vez de la eficacia de l'inconciente en su ocurrencia.

Como ocurre en la experiencia dramática, el actor conoce el argumento y los cuadros de la obra, pero no es igual para su personaje. El personaje no alcanza los términos ni el desenlace de su destino sino a través del recorrido de la obra teatral, en los tiempos que el texto lo proponga y según el poeta lo disponga.

Que Lacan recibiera analizantes en fulgurante transferencia no nos conduce a suponer lo mismo para nuestros consultantes. La sala de espera –o la espera simple y llana- o la condición de practicante del análisis para quien consulta no igualan más que el entorno escénico, y de ningún modo son signo de que se esté advertido de la división subjetiva.

Si las entrevistas preliminares tenían para Freud un sesgo diagnóstico –entendiendo que el diagnóstico lo era acerca de la capacidad de instalación de la transferencia-, en cambio para Lacan consistían en el recorrido que va de la primer entrevista hasta aquel tiempo en que el que habla no se dirige más a la persona del analista, y por tanto éste le denegará la entrevista cara a cara.

Como se aprecia, Freud parece cargar las tintas sobre el paciente, Lacan sobre el analista. Pero, bien entendido, sobre el analista en tanto forma parte del concepto de inconciente. No se trata de la espera por el significante de la transferencia ni de ningún tipo de signo a ser leído, sino de la evidencia –en él, en tanto que escucha, de que no es a él a quien el que habla se dirige [ii]. No a él, claro que no sin él, primera duplicidad del término “analista”, entre quien ofrece –y paga con- su persona y el lugar que ocupa en la transferencia.

Comenzar cada análisis olvidando lo que se sabe es también la primer operación por la cual se formulan las reglas del campo analítico –no las del encuadre, si éstas no están a su servicio- ya que es una maniobra de transferencia respecto del saber: el consultante se dirige a aquel al que le supone disponer de un saber sobre lo que le pasa –al consultante, claro-, y el consultado responde con un cambio de vía de una manera tal que el saber no se alojará en el lugar que esa expectativa albergaba. No es que rechace la demanda en relación al supuesto saber, sino que la alojará en un casillero por entonces vacío: *diga lo que se le ocurra... ahí surgirá el saber... como producto*

No hay en eso rechazo alguno al saber, sino una inversión temporal: el saber no está constituido, sino que es a producir.

El valor de “olvidar lo que sabe”, ciertamente, no consiste en ninguna técnica para saber olvidar, ya que eso implicaría nuevamente la disposición de un saber. Se trata más bien de la suspensión del saber a la espera –si ocurriera- del encuentro fallido con l’inconciente, en una suerte de repetida distychia inaugural . Es en este sentido que entiendo que Lacan afirme que el analista está verdaderamente comprometido en la transferencia. No que está comprometido su ser, ni su persona, ni su trascendencia, ni su lugar en la comunidad analítica ni en el mercado de las transferencias, sino por cuanto se sorprende preocupado por la transferencia en forma inesperada, y responde a eso con un signo de asentimiento [iii]: no se priva de enunciar la regla fundamental.

De ahí en más –diríamos- espera lo esperable: lo esperable por Freud era que las asociaciones fluyan a borbotones en un rápido afán del sufriente por desligarse del síntoma. Ahora que la persona del analista no hace obstáculo a la lectura, ahora que el analizante se ha convertido en una suerte de lacanoamericano de l’inconciente, ahora todo debería marchar sobre rieles, sobre los rieles del significante.

Pero ocurre que no.

Ocurre que a Freud sus histéricas le enseñaron otra cosa: que no había en la voluntad de cura tanto énfasis como ganancia de placer había en el síntoma, y que éste no se ofrecía al psicoanalista tan fácilmente como al hipnotizador. Entonces las asociaciones se relajaban, se espaciaban, se dormían, se detenían por completo, como un tren que aminora su marcha hasta detenerse a un centímetro apenas de atropellar lo que se opone en cruz a su marcha triunfante.

Y en ese detenimiento, en esa obstinación por conservar un mínimo de dolor, un aliguito de molestia, un quantum de sufrimiento, la boca se cierra, la lengua se paraliza, el universo se colapsa, el aire se espesa.

Freud, poniendo en sus palabras la fuerza mágica de la imposición de manos se abalanza, sobre la resistencia, seguro de vencerla. Pero, para su sorpresa, se encuentra con una resistencia aun más férrea, paradójal: lo que hace

reanudar la marcha de las asociaciones recién detenidas es una burla a la razón del bien sostenida en el *furor curandis*. Lo que fluye en la palabras del paciente es una referencia a la persona del analista, al consultorio, una mirada repentina sobre algún detalle de los muebles, el reparo en un gesto, en un imperceptible ruido, en el chasquido de los dedos, el aroma de una pipa, en fin... los emplastos de bosta en los ojos de la hija.

La transferencia, en suma, al servicio de la resistencia, se acuerda de lo que el sujeto olvida.

Pero... ¿No era, acaso, que no era a él a quien se dirigía? Olvido del olvido.

Como dice la canción: *se me olvidó que te olvidé, se me olvidó que te dejé, y la verdad no sé por qué se me olvidó que te olvidé... a mí que nada se me olvida*.

Freud, ciertamente, da a este fenómeno el carácter de principio rector del análisis en lo que a la transferencia se refiere. Aquí el conocido párrafo de *Sobre la Dinámica de la Transferencia*

... sigue constituyendo un enigma por qué en el análisis la transferencia nos sale al paso como la más fuerte resistencia al tratamiento, siendo que, fuera del análisis, debe ser reconocida como portadora del efecto salutar, como condición del éxito. En este sentido, hay una experiencia que uno puede corroborar cuantas veces quiera: cuando las asociaciones libres de un paciente se deniegan –me refiero al caso en que efectivamente faltan, y no cuando se las silencia debido a un trivial sentimiento de displacer-, en todos los casos es posible eliminar esa parálisis aseverándole que ahora él está bajo el imperio de una ocurrencia relativa a la persona del médico o a algo perteneciente a él. En el acto de impartir ese esclarecimiento, uno elimina la parálisis o muda la situación: las ocurrencias ya no se deniegan; en todo caso, se las silencia.

Dejaremos para un poco más adelante la distinción implícita entre los dos tipos de silencio que Freud menciona, para señalar que nosotros, a diferencia de Freud, sirviéndonos de su experiencia, nosotros no esperamos la mención efectiva, la imagen reconocida, el signo preciso de la ocurrencia referida a nuestra persona o algo que nos pertenezca, para estar advertidos que el analizante se dirige al analista cuando habla, en toda ocasión. Toda fantasía está dirigida al analista, no sólo la que amanece en la aurora resistencial.

Es de nuestra práctica considerarnos el objeto en su sintaxis, el destinatario final en su palabra y la causa eficiente en su sufrimiento, y he ahí un saber que el analista no olvida: que en tanto el analizante recibe nuestra palabra como proveniente del lugar que tenemos en la transferencia, es a nosotros a quien habla, es por nosotros para quien sueña, es por nosotros por quien sufre. La nominación freudiana para esto es la de *Neurosis de transferencia*.

Por cierto que no haremos lugar a refregarle en la cara semejante error de persona. No es sólo que repita su cliché sobre el soporte que tiene más a

mano. No. Es que, enseña Freud, nadie puede ser vencido en ausencia o en efigie.

Pues bien, no somos nosotros sino nuestra vicisitud. Presencia de lo ausente, efigie de lo no representable.

## 2) Silencios

Cuando las asociaciones cesan Freud considera –al menos- tres derivas clínicas: una, la señalada recién, la mención transferencial. Otra, la comunicación de la aparición de una imagen hipernítida, por último la enunciación de una frase fantasmática.

Entiendo así que la mención transferencial es uno más de los casos -una de las declinaciones- que siguen a la interrupción de la comunicación de las asociaciones debido a su falta efectiva. Es la reanudación del hablar por parte del analizante -cuando por el cierre del inconsciente queda suspendida la división por el significante y por ende la función sujeto supuesto saber- la que anuncia el olvido del olvido, haciendo lugar a una de las figuras de la presencia del analista. Será a precisar si esta presencia es tan sólo una forma más de declinación de la presentación del objeto o si –en cambio- admite alguna particularidad.

Efectivamente, las tres referencias freudianas al cese de asociaciones conducen al objeto. Véase esta consideración de Freud en *Construcciones en análisis* :

Concluiré esta breve comunicación con algunas puntualizaciones que abren una perspectiva más vasta. En algunos análisis noté en los analizados un fenómeno sorprendente, e incomprensible a primera vista, tras comunicarles yo una construcción a todas luces certera. Les acudían unos vívidos recuerdos, calificados de «hipernítidos» por ellos mismos, pero tales que no recordaban el episodio que era el contenido de la construcción, sino detalles próximos a ese contenido; por ejemplo, los rostros -hipermarcados- de las personas allí nombradas, los lugares donde algo semejante habría podido ocurrir o, un paso más allá, los objetos que amoblaban tales lugares, de los cuales, como es natural, la construcción nuestra no habría podido saber nada. Esto acontecía tanto en sueños, inmediatamente después de la comunicación, cuanto en la vigilia, en unos estados parecidos al fantaseo. Nada seguía luego a estos recuerdos; parecía verosímil concebirlos como resultado de un compromiso .

La referencia a los rostros, los lugares, los objetos, y el que nada siguiera a esos recuerdos nos coloca en una situación similar a la notada antes, y económicamente identificable: en cuanto el análisis se acerca al núcleo patógeno, digamos hoy al velo último del objeto, cesan las asociaciones y no por cuanto se callen, sino por cuanto se abisman a lo no decible, a lo que por idéntico a sí mismo podría a sí mismo significarse, si fuera significante. ¿Podría la imagen hipernítida –también, claro, la del retrato del autor en Signorelli-

considerarse al modo de la homofonía, como la fórmula de la trimetilamina, en tanto letra?

Otro lugar en el que Freud hace lugar al detenimiento asociativo es en *Pegan a un niño*, en donde la frase fantasmática ajena a toda dialéctica se cierra en su idéntico enunciado:

En aquellas fantasías más tempranas y simples, que no mostraban relación ninguna directa con las impresiones escolares o las lecturas del niño, la investigación trató de llegar a un más profundo conocimiento. ¿Quién era el niño maltratado? ¿El sujeto mismo de la fantasía u otro niño distinto? ¿Y quién era el que maltrataba al niño? ¿Una persona adulta? Y entonces, ¿qué persona era ésta? ¿O imaginaba el niño ser él mismo quien golpeaba a otro? Todas estas interrogaciones recibían la misma hosca respuesta: «No sé...; pegaban a un niño.»

En las tres situaciones puestas así en serie se destaca que no se trata de un callarse la boca, no hay tampoco censura en el sentido propio del término, sino que hay efectiva falta de asociaciones. Freud distingue los dos casos con precisión, y es Lacan quien los resitúa en relación al objeto vocal: Lacan nos presenta la diferencia entre *sileo* y *taceo*, entre aquello que es del orden del silencio –el silencio de los dioses, de los astros- y lo que se abandona a lo tácito, lo que se calla. Lo hace en *La Lógica del Fantasma*:

Escribir, como se lo ha hecho, que es vano buscar en mis Escritos cualquier alusión al silencio, es una estupidez. He escrito la fórmula de la pulsión, arriba a la derecha del Grafo como \$ {} D, es cuando la demanda se calla que la pulsión comienza. Pero si no he hablado en absoluto del silencio es porque *sileo* no es *taceo*. El acto de callarse no libera al sujeto del lenguaje a pesar de que la esencia del sujeto culmine en este acto; si ejerce la sombra de su libertad, el callarse permanece cargado de un enigma que ha hecho pesar tanto tiempo la presencia del mundo animal. No tenemos de eso huellas más que en la fobia, pero recordemos que hace mucho tiempo se ha podido ubicar ahí a los dioses.

Hay un callarse ligado al enigma, lo que nos conduce a la intervención del analista. Pero para que el callarse vaya al lugar del enigma será necesario que la marcha del análisis lo lleve a ese lugar, como enseguida veremos.

Más adelante Lacan propondrá una variante sobre la oposición, al sustituir *sileo* por *silet*. En efecto, la tercera persona en la conjugación entra aquí como la alteridad misma. El silencio en tanto sólo puede “hacerse” en otro lugar. Nadie podría resultar sujeto gramatical del silencio sino –en todo caso- sujeto del silencio de otro, de otro lugar. En particular, porque sonido –o grito, o demanda- y silencio no conforman ninguna gestalt, no son del mismo orden, no son pares de opuestos, sino que el silencio es producido por el grito que cesa, causado por el llamado que calla. El silencio no es el fondo en el que las palabras toman su lugar –como algunos pacientes dice que lo sufren : *no*

*soporto el silencio ... y se ponen a balbucear, como si manchándolo de ruidos lo convirtieran en nunca advertido- sino que es producto, punto de llegada.*

Evoquemos aquí la aparición del silencio en la escritura musical para señalar que no se trata en el silencio de la ausencia de emisión sonora por parte del ejecutante –bastaría para ello dejar en blanco el espacio correspondiente en el pentagrama- sino que es indicado como una nota más, a ser “tocada”. No toma el mismo valor el “hacer silencio” del auditorio antes que vibren los primeros acordes de la obra, que el silencio entre movimientos, que en los momentos previos al fin el tenso silencio que reclama por la resolución de la obra, que el silencio final velado por los aplausos o los abucheos. Si el “hacer silencio” previo hace lugar al espacio sonoro que la obra llenará con su arte, el silencio musical es –también- producido por la polifonía que cesa.

### 3) Los silencios del analista

Cabe ahora considerar, al fin, por fin, cómo juega el silencio del analista. Ligado al enigma y a la pulsión, no será igual en el tiempo de las entrevistas que en el curso de un análisis.

La instalación de la transferencia requiere de un tiempo de trabajo al cabo del cual se producirá –como dijimos- el desdoblamiento entre la persona del analista y el lugar que le espera en la neurosis transferencial.

Los dos pisos del grafo permiten su lectura: en el piso inferior el hablante recibe del Otro su propio mensaje en forma invertida, siendo este Otro atribuido al analista en tanto semejante. En este tiempo no habrá margen para que el silencio tome otro lugar que la no respuesta o la falta de cordialidad. En efecto, no se trata ni de empatía ni de simpatía sino de sostener la posibilidad de la escena fantasmática a desplegarse en los términos en que esta pueda tener lugar, es decir en el soporte escénico con un semejante.

En este tiempo no habrá un callarse por parte del analista que pueda ir al lugar del enigma o de causa del decir. No habrá silencio del analista, sino un mero callarse, en tanto aunque la función sujeto supuesto saber esté en funciones por cuanto se habla, mientras la entrevista tome la forma del diálogo los tres términos de la fórmula no estarán aun distribuidos, desplegados según las dimensiones de la experiencia del análisis.

Hay momentos privilegiados de viraje en la práctica de las entrevistas en los que se puede verificar la conmoción de la suposición de saber en lo que atañe, sobre todo, a la suspensión de la atribución del saber a la persona del analista y, consecuentemente, a una oscilación respecto de la función sujeto. Es cuando se calla una asociación sobre el analista –justamente al contrario de los ejemplos freudianos- y que no es sobre su persona ni sobre su entorno ni sus objetos, sino sobre su –por el momento dicho así- intención. “¿qué me quiso decir?”, “¿por qué no me respondió?”, “por qué interrumpió la sesión antes”, o “justo ahí”, “¿se equivocó, no sabe cómo se llama mi...?”, “¿se olvidó de...?”.

Como se ve, la fórmula, repetidamente interrogativa, suspende todo orden de certeza –claro, el carácter diagnóstico de las entrevistas requiere despejar toda paranoia vera- aloja la duda y toma la forma de una pregunta, la cual tenga el texto que tuviere la leemos como *Che vuoi ?*. En otros términos, la falta de respuesta del Otro aun no habilita su tachadura –la prepara- marcando un más allá de su infalibilidad, bajo la forma de algo enigmático, y por tanto a interpretar –en él.

Conducidos así por el avance del discurso a leer -lo que acontece- con el segundo piso del grafo, el callarse del analista toma otro lugar una vez que es sancionado también en otro lugar el decir del analizante, y por eso el diván. Y no sólo por cuanto la falta de respuesta a la demanda o el callarse pueden tomar el lugar –ahora ya instaurado- de un *taceo* que habilita cualquier respuesta fantasmática al *che vuoi ?* –en efecto, que algo quiso decir, que interrumpió, que se equivocó, que cortó justo, etcéteras, son respuestas fantasmáticas- sino que se sostienen –ahora sí- en la lógica de la castración: el callarse del analista va al lugar, justamente, de la falta de significante. O, más precisamente, del significante de la falta en el Otro, presentado aquí bajo la forma de falta de significante.

En cuanto al silencio, ya no es el producido el hecho de no responder, sino el silencio que se habilita como tal por cuanto ha sido causado por un trabajo de la palabra en su emisión efectiva, ahora sí podemos considerarlo como *silet*, como lo que en el Otro no es sino silencio, no por callarse sino porque el que responde ya no es tomado desde el lugar del Otro del significante, sino desde su relación a la pulsión.

Aquí se detiene mi recorrido, en un punto para mí difícil de aprehender, que es donde se me hace necesario distinguir entre el silencio del analista como objeto –pulsional, nuclear de la neurosis- causa del decir, y el silencio del analista como objeto de la pulsión de muerte que sólo se hace oír bajo la forma de la pulsión de destrucción.

Pienso, con más dudas que certezas, que se podría seguir por lo que en el Seminario XI, en la última clase, dice Lacan:

Para darles fórmulas referenciales, diré: si la transferencia es lo que, de la pulsión, aparta la demanda, el deseo del analista es lo que la restablece. Y por esa vía, aísla el *a*, lo coloca a la mayor distancia posible de la *l* que él, el analista, se ve llamado por el sujeto a encarnar. Es de esa idealización que el analista ha de declinar para ser el soporte del *a* separador, en la medida que su deseo le permite en una hipnosis al revés, encarnar, él, al hipnotizado.

#### 4) Conclusiones

Entiendo que el término “presencia del analista”, tomado restringidamente respecto del objeto vocal en tanto silencio, puede distribuirse según tres dimensiones.

La primera atañe a la persona del analista, al hecho de pagar con su persona en el sostenimiento del análisis, lo cual toma un especial relieve en el tiempo de las entrevistas preliminares, y que sitúa su presencia en tanto un semejante que no rechaza la imagen de encarnadura del Otro. Si bien no calla, tampoco olvida que se trata sólo de palabras.

La segunda corresponde a la interpretación, realizada más bien bajo la forma del enigma que de la significación. El silencio puede tomar aquí el valor de *taceo*, o mejor de *tacet*, ya que será leído desde el analizante. Donde el silencio no toma ya el cariz de ausencia de emisión fónica –podría decir sonora, pero lo sonoro es siempre significante en nuestro campo- sino de falta de significante.

Por último, el silencio del analista en tanto objeto causa del decir, *sileo*, *silet*, ligado a la pulsión, y modulado por la función deseo del analista.

Abril de 2004

---

[i] Escribo así / *inconciente* puesto que no resulta distributivo (mío, suyo), ni sujeto a género (el, lo), ni sustantivizado.

[ii] La subversión freudiana supone que el que habla no sabe lo que dice, no sabe quién lo dice y, además, no sabe a quién se lo dice. Afirma Lacan en el Seminario VI que *en resumen: la situación del sujeto a nivel del inconsciente, tal como Freud lo articula, no soy yo, es Freud quien lo ha articulado, es que no sabe con quién habla*

[iii] este signo comporta una dualidad, es signo de instalación de la transferencia tanto como de aceptación del analista de jugar el papel que le toca en el asunto. No será homólogo de lo que ocurrirá al fin del análisis, cuando no habrá lugar a asentimiento alguno por parte del ¿aun? analista. Véase para esto Guy Le Gauffey: La depuesta del analista.